

TRES DÉCADAS Y UN PASAJE AGRIDULCE

Varias piedras en el zapato.

No ha sido solo una vez que me hago varias preguntas específicas: ¿En qué punto de mi vida me encuentro? ¿Estoy satisfecha de estar aquí? ¿Así? Inevitablemente hago la relación entre lo que me ha acontecido en el pasado, me gusta decirles a terceros que no me arrepiento de nada, en parte es cierto, pero la oleada de pensamientos me deja cuestionando si eso es verdad. Han sido meses de dolor, reflexión y análisis constante, me siento distante de algunas cosas que solía disfrutar, pero es una distancia sana, no puedo retomar el camino de la misma forma frenética que lo hacía antes, tengo miedo de lastimarme, que me lastimen y una vez más dejarlo pasar porque no me di cuenta o no quise aceptar la situación. Sin duda soy más constante que antes, me he dado cuenta lo importante que es no abandonarse en ningún sentido, si antes decía "no", ahora con mayor razón, no, no, no y no.

Estuve llorando, lamentando no tener una amiga a quién llamar. Le platicaba a Cristhian ese sentimiento de soledad que a veces me invade, quisiera tener ese vínculo que otras tienen con alguna mujer desde su infancia; mis amigas siempre han ido y venido. Liliana se alejó de mi por el último comportamiento que tuve tras consumir cocaína, me sentí juzgada, aunque en realidad, y lo digo con mucha honestidad, juntas habíamos estado en situaciones más "comprometedoras", y por mi parte había hecho cosas peores, cosas que afectaron a terceros de una forma irresponsable. No comprendía la molestia, por lo tanto, decidí que no me acercaría más, ni daría ninguna explicación. Pasó el tiempo y volvimos a comunicarnos e intentar recuperar una amistad fragmentada. Hace un año tropecé de nuevo, me cansé de tener que manipular las cosas para salir lo mejor librada posible. No negaba mi responsabilidad, de hecho, entiendo que toda decisión buena o mala, trae consecuencias. Me sentía vulnerable, cansada, deprimida, harta de todo y de

todos, fue muy fácil que Oswaldo tomará ventaja de mi situación, él es una persona manipuladora, arrogante, soberbia...como yo. Pero mi espíritu ya estaba quebrado.

Después de darme cuenta que estaba siendo violentada psicológicamente por mi pareja, entendí que era momento de cambiar las cosas, que en efecto estaba enamorada y quería una oportunidad para ambos, una oportunidad que sería imposible tomar si no actuaba, si seguía callando. Necesitaba alejarme del entorno que me desestabilizaba para comprender por qué ocurría, estaba obligada a alejarme del alcohol, ir a terapia, de medicarme si era necesario. Quería librarme de la incertidumbre que no sentí antes, del miedo a fracasar en todo, de no sentirme esa mujer segura que dominaba e imponía, necesitaba saber que jamás volvería a permitir que se burlaran de mi delgado cuerpo, de mi dieta vegetariana, de la forma de mi cabello, de mi forma de vestir, si quería o no depilarme. No pretendía culpar a mi madre por su constante maltrato físico y psicológico, solo quería saber que, a pesar de esa carga, había luz en el camino, así como pude enfrentar a ese monstruo, iba a poder con los demás.

El cambio sorprendió a muchos, no necesito tomar para divertirme, me convertía según la ocasión, en una mujer impulsiva que no media las consecuencias de sus actos, ni siquiera necesitaba tomar grandes cantidades de alcohol para que mis emociones se alteraran, hoy ya no, no quiero ser esa mujer otra vez. A veces pienso en irme a otro país y conocer a algún hombre o mujer interesante, o muchos, no lo sé; adoro a Oswaldo, creo que por primera vez estoy pensando en el futuro sin ansiedad, puede que me vaya, puede que no, mientras, decidí estar en este punto, ese en el que puedo tener una comunicación fluida con mi entorno, tomar decisiones de “alta calidad” y afrontar los posibles fracasos, que si el plan uno no funciona, existe el plan dos, tres, cuatro.

La postura en la que me encuentro ha alejado a muchas personas, entre ellas Liliana, de algún modo me vi reflejada en ella, somos muy distintas, pero el cómo

actuamos llega a decir mucho acerca de nuestro dolor y carencias. No soportaba verla alcoholizada constantemente, desequilibrada, triste, auto saboteándose una y otra vez, desesperada por fumar, drogarse. Si bien no me atrevo a juzgarla, tampoco quiero verme rodeada de un ambiente que me genera desequilibrio y hasta molestia. Pero me temo que se sintió juzgada, que yo era la amiga con actitudes maternas, no era mi intención, pero tampoco puedo estar sentada viendo como un ser que amo se autodestruye; aún con eso, entendí que la ayuda se pide, no puedes otorgarla de una manera forzada, y como tampoco estaba dispuesta a ser espectadora, hoy decido continuar por mi propio camino, sola o acompañada, con o sin amigas o amigos, con o sin pareja.

Soy muy molesta estando mentalmente sana, prefiero eso a volverme a sentir pequeña, mil veces mi vanidad a dejarme pisotear por cualquiera, mil veces que me corran a permitir ser explotada en el trabajo, mejor sola que mal acompañada. Y aunque soy un ser sumamente sensible, se empata con mi lado racional, crítico, observador. Recuperé esa habilidad para leer a la gente. Me llego a sentir cansada, sobre todo físicamente, pero no con el alma moribunda, no con las ideas apagadas, he vuelto a pintar, a dibujar, a crear lo que sea que me venga a la mente. No siento más culpa de no aprovechar un día de descanso, la vida es tan ligera como se quiera, no importa que vuelva a enfrentarme a dolorosos momentos, la incertidumbre no es eterna, ni siquiera la felicidad, solo vivimos instantes, así como hoy lloré por una amiga y mi sentimiento de incompetencia para mantener una amistad, también logré poner el trasero en una silla y escribir cómo me siento en este momento. Quizá mañana haga un mural, quizá me muera, no lo sé. Ha sido más sencillo conectar con mis padres a pesar de nuestras diferencias generacionales y de pensamiento, soy cauta con ellos, ya que suelo escupir palabras sin pensar, tengo una hermana insoportable a veces, a la que amo infinitamente...así que, de alguna forma, el permitirme cambiar me da la oportunidad de cuidar de ellos en medida que me den esa confianza.

Me siento indudablemente poderosa.

Ser humano

Puede resultar sencilla la pregunta cuando no la hacen ¿Quién eres? Sueles responder con tu nombre, tu edad, el lugar en el que vives, en realidad nos cuesta trabajo definirnos, ante esa dificultad es mejor contestar lo más fácil, *soy Mariana y tengo 31 años, siempre he vivido en esta casa*. Pero qué fácil, en realidad me tomó muchas críticas a mi forma de ser, ir entendiendo que la percepción que tienen los demás de mi es la que ayudará en buena parte a saber lo que soy y no soy; fue así como fui forjando una idea más clara del ser que alojo con todas sus bondades y monstruosidades. Resulta un trabajo no tan complicado describirnos (algo distinto a definirnos) contamos con un diccionario que suelta una lista de adjetivos, eventualmente empezaremos a atribuirlos a toda persona que se nos cruce en el camino, inteligente, débil, fuerte, astuto, imponente, noble, arrogante ¿No en cierta medida todo ser humano en algún punto de su vida ha sido un poco de todo? Me atrevo a afirmar que así es. No siempre he sido del mismo modo ante cada situación, por ejemplo, he tenido que dar lugar a la prudencia incontables veces en las que solo quiero golpear al de a lado, en otras, simplemente he explotado ¿qué ocurrió? Esa imagen prevaleció en la memoria de la gente, Mariana es explosiva, difícilmente sabe controlarse ¿Controlar qué? La idiotez ajena, mi incomodidad, mis sentimientos, cada alma puede pensar lo que mejor le acomode ¿Con qué me quedo yo? Mariana, mi Mariana, yo Mariana, detesto las injusticias, explotaré ante ellas, no importa el modo, es suficiente ya de creer que de forma caricaturesca me saldrá humo por las orejas; la conveniencia me dirá qué hacer, si debo aferrarme como una guerrera con espada, o una adecuada interlocutora capaz de ser lo suficientemente diplomática. A eso evolucioné, no siempre fue así y tuve miedo de nunca lograr contener ese nudo en la garganta cada que algo me enojaba, que me alegraba, me emocionaba, o lo que fuera. Pero el enojo fue mi enemigo por mucho tiempo, ahora es tan bienvenido como lo es mi bondad, esas enormes ganas de ser solidaria, de hacer reír a la gente, de ignorarla también, de permitirme no ser juzgada. Así que sí, ante los ojos ajenos

siempre parecía molesta por algo ¡Vaya escudos! Mil formas de defendernos vamos a encontrar, igual que un animal en su hábitat, igual que un ser humano en su casa, en la escuela, en el trabajo. El resultado de nuestra interacción son diferentes actitudes en cada espacio, nuestra esencia prevalece, pero no puedo, en verdad no puedo actuar de la misma forma siempre, el actuar no es ser, no es ese significado o definición de nosotros mismos, pero ayuda a entender nuestras motivaciones y nuestros anhelos, eso que guardamos en el alma, es lo más cercano al saber qué somos, va más allá de ser bueno o malo. Si me lo preguntan, diría: soy ambas cosas, buena y mala, porque miento, porque he traicionado, me he vengado, pero así también pareciera que quiero cubrir mi cuota con el equilibrio del universo, he ayudado, he dado tanto amor como me ha sido posible, he entregado partes tan escondidas de mi historia, le extendido la mano a otro ser sin esperar nada a cambio, mientras pienso: ¿sería malo esperar algo a cambio? Mi conducta puede moverse en función de la demanda, pero al final soy un ser social, doy, pero también soy egoísta, me balanceo en una dualidad, ese es mi universo, detesto la hipocresía, no esa que es tan banal, si quieres un dulce de tu madre seguramente se lo pedirás con una sonrisita en el rostro, cuando no se procura un límite, la hipocresía avanza a niveles inmensos, finges ser amiga, finges ser responsable, finges amar, esa, es la hipocresía que no soporto, y mi crítica ha alejado a muchas personas, soy brusca, arrogante y debería tener más tacto al decir las cosas ¿O los demás deberían ser más críticos consigo mismos? Pareciera que ya olvidaron que somos simples seres humanos, no tenemos un propósito, ni siquiera tiene sentido estar aquí, pero pretendemos que lo tenemos y al menos yo, trato de hacer lo más llevadera mi existencia sin dañar a niveles estratosféricos a los otros seres que me rodean.

Mi yo y mi otro yo

El primer contacto que tenemos con un espejo es al comienzo de nuestra vida mientras somos bebés, seguramente a la mayoría de nosotros nos colocaron frente a uno con la intención de observar nuestra reacción, pero solo cuando han

transcurridos los primeros dieciocho meses de vida, se completa el proceso de autopercepción, esto, según la teoría del “estadio del espejo” propuesta por J. Lacan, los procesos del lenguaje ayudarán a construir en el bebé una identidad, el reconocimiento de sus emociones y la capacidad de referirse a sí mismo en primera persona. El desarrollo del lenguaje no es posible sin los procesos de socialización en el entorno, todo ser humano necesita estar en contacto con lo que le rodea, para lograr reconocer cada elemento que determinará cómo este se desenvolverá en el futuro.

Si el lenguaje es determinado por el entorno social y el entorno social dice que las diferencias entre hombres y mujeres son tan específicas, no hay motivo para crecer con otra idea, debemos comportarnos de cierta forma, creer en lo que se nos impone, actuar, vestir, ser, hablar como se nos dice. Y los roles eventualmente se nos asignan, no hay razón para que sea de otro modo, y el resultando de todas estas discordancias es sentirse fuera de lugar, ser atacado y cuestionado por cuestionar, tener una personalidad que puede encajar en parte con las demandas, pero por otro lado no y nos enfrentamos a esa dualidad día con día.

El mundo que me rodeaba no era más grande de lo que mis ojos alcanzaban a ver, con todos esos elementos imaginaba un sinfín de escenarios y situaciones, en un principio eso bastaba para mí, no había exigencias abrumadoras, para mí el jugar con la tierra, correr, andar en bicicleta era simplemente lo mejor que podría tener, aunque desde que tengo memoria, algo no encajaba, y era mi constante “rechazo” por el rol femenino que desde temprana edad se me asignó, de algún modo me identificaba más con la idea de construir, de ensuciarme en el lodo, adoraba mis carritos de tracción y la maquinaria pesada, no había mejor cosa que poner tierra en los mini camiones de volteo que me compraban mis padres, al parecer no había mucho que pudieran hacer al respecto. Por supuesto que adoraba las muñecas o jugar a cocinar, pero si algo puedo deducir de la forma en la que construía el mundo es que no había diferencias, amaba tanto una cosa

como la otra, independientemente del lado al que me inclinara más dada mi naturaleza.

Mi madre siempre se esforzó por vestirme y arreglarme de una forma que las fotos lo describen, tenía muchos vestidos, moños, suéteres tejidos, siempre bien peinada al inicio del día, al final no tanto. Lo adecuado para salir eran mis pequeños tenis y conjuntos de pants divertidos. Y ella siempre mencionaba lo fotogénica que era, las pruebas existen, no importaba si estaba enojada, triste o feliz, lucía simpática. La idea de lo que tenía que parecer ante los demás comenzó a los cinco años, cuando mi interacción con otros niños y niñas se hizo forzada y necesaria al comenzar la etapa escolar, mis dientes se cayeron y empezaron a crecer chuecos, todavía recuerdo a la niña que se burlaba constantemente de la forma en la que fruncía mi rostro y cómo lucía sin dientes, comencé a sentirme fea.

Y seguí sintiéndome fea muchos años más, era demasiado delgada, si bien mi aspecto era el requerido y mi madre siempre cumplía con lo estipulado, no me sentía segura, quería ponerme esos adornos que usaban las demás niñas, tener fleco, quizá soltar mi cabello, llenar más el uniforme, no tener acné, no usar aparatos en los dientes que además me hacían hablar raro. Y no reflexioné hasta hace unos pocos años que todo eso que deseaba, era lo que se repetía por todos lados por las demás niñas, era lo que las revistas juveniles plasmaban en cada una de sus páginas, sé esto para el chico que te gusta, llama su atención, sé la envidia de otras, tratamiento para el acné, etc. No recuerdo ningún tipo de consejo dirigido a los hombres, las que cubrimos mayores expectativas, somos nosotras, el bombardeo de información es tan grande, que nunca nos sentiremos satisfechas.

La lucha con mi cuerpo fue constante, pero no tan abrumadora, siempre le di vuelta a la hoja de la mejor manera, no descubrí mis primeras estrías hasta que fui adolescente, no entendía porque no podía tener una piel como la de las demás, yo pensaba que era propio de personas obesas o embarazadas. Corrí a comprar las

cremas que recomendaban las revistas, y me daba cuenta de lo absurdo de gastar dinero en eso, simplemente decidí dejar de hacerlo y aceptar que esa parte de mi cuerpo no iba a cambiar. Mis dientes ahora lucían bien, me abría las puertas a la perfección ¡Ah, lo olvidaba! No era nada voluptuosa, ni blanca, y lucía el mismo peinado de siempre. A pesar de esas ideas que rondaban mi cabeza, nuevamente esa dualidad tan constante, siempre al final del día optaba por decir “no me importa, tengo algo que los demás no: inteligencia” Si por supuesto, era arrogante, y una adolescente muy sabia (claro), siempre con una respuesta para absolutamente todo. Si bien deseaba ser más de esto o de lo otro, era consciente que no podía permitirme verme abrumada por eso.

Mi cuerpo cambió a la mitad del camino en la preparatoria, estaba llena de dudas, quería nuevamente verme como las demás, y aquí descubrí otra cara de la moneda, las diferencias entre las clases sociales, muchas de mis compañeras tenían padres medianamente acomodados, yo ni siquiera había considerado gastar mil pesos en un pantalón, era algo inalcanzable, pero sabía también que no podía exigirle eso a mi familia, simplemente lo dejé pasar pensando que quizá, algún día podría tenerlo trabajando.

El mundo que descubres siendo joven es deslumbrante y a la vez cruel, no me di cuenta del daño que le hace a nuestra autoestima el ser llamadas “putas” por comenzar una vida sexual, por coquetear, que ese peso nunca recayó en mis amigos, al contrario, ellos nos tenían catalogadas. Debido a mi repentino desarrollo, hacían burlas respecto a mis senos, yo no lo sabía, pero eso era acoso, que un hombre quisiera interactuar conmigo porque estaba “chichona” era machismo, y nos enseñaron a sentirnos alagadas, debería recordar que me sentía invisible en el pasado y debí estar agradecida porque ahora era visible. Es normal sentirse atraído por las cualidades físicas de una persona, pero no es normal sentirte insultada, humillada, acosada y juzgada por cómo luces, o creer que debes dar las gracias, que es normal llegar a una plática de “hombres” y escuchar

lo buena que esta una mujer, pero es tonta, aunque, eso no importa, solo quieres coger con ella.

Me burlé incontables veces del hecho de que alguna chica tuviera sobrepeso, o de su cabello, haciendo la misma asociación entre el físico y la capacidad cognitiva, sin darme cuenta que repetía el mensaje misógino y machista que también a mí me había dado repetidas patadas. Fue duro aceptarlo, la única forma que encontré para remediarlo fue generar un cambio, ser solidaria y rechazar cada actitud que atentara contra una mujer.

La última vez que permití que alguien atentara contra mi autoestima, tenía la guardia baja, olvidé que a pesar de todo ese bombardeo constante para ser perfecta ante los demás, logré plantarme y alzar la cara, que me encantaba mi cuerpo delgado con sus adorables curvas, y pese al acoso, no dejaría de usar vestidos y faldas cortas, defendería el derecho a caminar tranquila y defendería a quien fuera. La vez que mi pareja se burló de mí, hablaban sus propias inseguridades, yo no era la delgada, él era el que estaba infeliz con su cuerpo, cuerpo con sobrepeso, sí, soy morena, siempre lo seré y no pretendo ser blanca como todas las mujeres estereotipadas que frecuenta en sus redes sociales, la verdad, pienso que son hermosas, no voy a competir contra ellas ¿Cuál competencia además?

A veces sintiéndome insegura olvidando la cantidad de personas que me han descrito como alguien imponente, sensual, con una cabellera espectacular, una actitud que incluso, llegó a hacer sentir inseguras a muchas amigas cuando me acercaba a sus parejas o ellos se acercaban a mí, como si comiera hombres, y aunque comiera hombres, era asunto mío. Una mujer que accede a tener relaciones sexuales en la primera cita, solo es eso, una mujer que accedió a tener relaciones sexuales con un hombre en la primera cita, no hay más, no se le aplaude ni se le juzga.

Al día de hoy he aprendido a admirar la belleza en todas, a ayudarlas con sus inseguridades ¿Cómo? Aceptándome y amando cada rincón de mi cuerpo, y aunque me gusta lo que veo en el espejo, también tengo el derecho a desear mejorarlo. Todas tienen ese derecho y obligación. Me encanta mi cabello, la forma esbelta de mi cuerpo, mis pies delgados y bonitos, mis manos de obrero por jugar con tanta tierra y manejar herramientas pesadas cada que puedo, mis piernas tienen marcas de las veces que me caí de la bicicleta y resbalé jugando fútbol, mis estrías son el recuerdo de que me desarrollé, los rasgos de mi rostro y mi cabello rizado, son la herencia de los genes de mis padres. Así que cada que me miro en el espejo me sonrío, algunas veces me he hablado, recordándome que el máximo valor es el que puedo darme, y debe ser todo, que he sido una tonta por olvidar que siempre me levanto, y que se joda cada persona que pretenda criticar el físico de las demás frente a mí. Me siento responsable de recordarle a cada una que nuestro cuerpo, es la consecuencia de lo que vivimos y decidimos independientemente de la determinación biológica, de nada sirve aspirar a ser lo que se nos exige como mujeres sin antes reflexionar si es lo que de verdad nos hace felices.

Dos mujeres.

Me resulta un tanto complicado hablar de la influencia de mujeres en mi vida, el mayor impacto en este camino llamado vida, suele ser la figura materna, desde ahí, comienzan mis problemas. Me he esmerado en conservar todo tipo de recuerdos, rescatar esas influencias que dejaron marcada una sonrisa en mi rostro, pero al recordar, se viene una ola completa de vivencias que, en definitiva, no ponen una sonrisa.

Es difícil crecer siendo el blanco de las expectativas ajenas, de vivir la vida a través de una niña, que eventualmente se transformará en eso que otro u otra no pudo ser ¿Deberíamos cargar con ese peso? Estoy segura que no, y la línea que

separa esas expectativas a lo que realmente quieres ser, es muy delgada, ya que logramos convencernos que lo que nos sugieren, es lo que elegimos voluntariamente.

Dos extremos de la balanza, la imagen, dulce, calmada, noble, sincera, cálida, a veces vulnerable, que ha perdonado todo. Su nombre es Emiliana Asunción, pocas veces la llamamos por su nombre, siempre fue nuestra *abuelita*. Lo digo con toda la certeza, ella es el ser más noble que conocí, muchas veces me pregunté cómo procesó los años de maltrato que vivió como parte de una educación que transgredía a las mujeres indígenas, cómo un cuerpo tan delgado soportó todo eso y aun así, tener la fuerza de trabajo que ella tuvo, esa energía para servir. A veces la encontraba pensativa, le preguntaba qué tanto pensaba, me respondía de una forma tan simple y llena de gracia, *que voy a andar pensando, no pienso nada*. Siempre será un enigma para mí, saber qué albergaban esos constantes ojos tristes que cambiaban apenas te acercabas a su cuerpo para abrazarlo, para trenzar su cabello o simplemente platicar. Cuando su memoria comenzó a fallar, contaba por las noches la misma historia, debo decirlo, era macabra, pero viniendo de su boca, aminoraba el impacto. La historia hablaba de una mujer que vivía en el mismo pueblo que ella, algunos detalles son un poco borrosos, algún tipo de pecado cometido por el cual nunca mostró remordimiento ocasionó su desenlace, la tierra comenzó a abrirse, y emanaba un calor intenso, el fuego empezó a apoderarse del ambiente, su intención: tragarse a aquella mala mujer, el mismísimo infierno en todo su esplendor llegó por un alma perdida, un alma que jamás encontrará descanso. Aunque a veces no nos dejaba dormir porque hablaba y hablaba de cualquier cosa que se le ocurriera, eran momentos graciosos y escucharla me hacía sentir feliz, con un ambiente cálido siempre propiciado por su esencia. No supe reaccionar a su muerte, creo que no hay manera de saber cómo hacerlo, murió en la cama que alguna vez fue mía y a veces de mi hermana, no se supo nunca su edad real, pero vivió tanto como su cuerpo resistió, cada arruga, cada cana, eran esas vivencias, lamento tanto que su vida desde los catorce años, haya sido marcada por el abuso, pero ella no lo

sabía, era normal, como lo es para tantas mujeres. Amó a sus hijos, nos amó a nosotras, a todos sus nietos y bisnietos, su ser era pura luz. Y eso fue la principal enseñanza que me dejó, la capacidad de perdonar, no importa que su ignorancia haya sido tan grande, que la imposibilitó a salir de ese entorno bárbaro, que se replicó en sus hijos maltratadores, hombres y mujeres por igual, que hasta la fecha sigue cobrando víctimas. Ojalá hubiera muerto en su tierra, en Oaxaca, como tanto quería, rodeada de los recuerdos de ella sembrando, criando a sus animales, respirando aire limpio, con el olor a tierra mojada, raspando el maguey, cargando leña en su tenate. La extraño tanto, pero de ella me quedan muchas cosas, el recuerdo de su aroma a viejita, las fotos, las ocurrencias, las veces que mi madre nos pegaba y ella nos consolaba a mi hermana y a mí. Ojalá su alma esté recibiendo todo el amor y calma que se merece.

La herencia cultural de la Mixteca Alta es tan basta, en este momento mi paladar saborea platillos, visualizo paisajes y atuendos característicos, pero la moneda tiene dos caras, siempre la tiene. Toda esa impotencia acumulada, de venir de un entorno pobre, en el que no hay oportunidades siendo mujer, más que un destino claro, ser la mujer de alguien para tener a los hijos de ese alguien. Mi madre huyó como pudo a los trece años de edad, la ciudad le preparaba una nueva vida, crecer, estudiar, pero se olvidó de las consecuencias de escapar sin dejar atrás cierto dejo de rencor, si bien mi abuelito nunca le puso una mano encima, tal como ella lo relata, el impacto de ver cómo tu madre es maltratada no iba a ser gratuito. Se hizo fuerte, luchó por construirse un mejor futuro, no se dejó de nadie, enseñó los dientes tantas veces como fue necesario. Pero su corazón no había sanado del todo, eso lo sabemos nosotras, vivimos años de terror, intimidadas. Largo tiempo sin poder confiar en mi propia madre, cada historia era convertida en humillación, no podía ir a los cumpleaños de mis amigas, ni siquiera tenía amigas de verdad, todo era motivo para degradar, no lavar un vaso, o hacerlo mal, perdí a cuenta de todas la veces que me pegó, lo curioso es que la gente no lo consideraba malo, al final nunca nos dejó marcas físicas, o nos sacó sangre, solo

nos humilló, nos dijo que no servíamos para nada, y eso es tan normal como el hecho de que amanezca y anochezca.

Fui la primera en poner un alto, estoy ahora consciente de los errores que cometí cuando tuve la capacidad de tomar decisiones, tomé varias muy malas, pero a pesar de eso, merecía amor. Jugó con mi autoestima, leyó mis diarios, donde hablaba de mis experiencias sexuales, donde escribí tanta idiotez que hice siendo adolescente, el cómo me escabullía de sus garras para vivir un poco. Se sintió traicionada, porque ella me había dado tanto. Eso me dejó ahora con la certeza de que damos tanto como creemos hacerlo, puede que sea suficiente o no, pero es una medida difícil de calcular cuando le preguntamos a los demás qué es lo que queremos.

Nunca me sentí libre en esta casa, porque, aunque logré escapar, tuve que regresar, parece un círculo vicioso, pero de verdad quiero salir, estoy trabajando tanto en ello.

Los años de maltrato psicológico no serán olvidados, tuve que analizar todo el contexto desde generaciones atrás para comprender que, al tener toda esa información, conmigo se acaba, no voy a replicar esas formas de maltrato, pero fue necesario sanar mi alma, perdonar, y seguir adelante. Mientras, estoy bajo su mismo techo, a veces lo hace de nuevo, interpone su autoridad, agrade a los demás integrantes de mi familia como puede, ella no está lista todavía para cambiar, quizá nunca lo esté, pero no puedo cargar con ese peso. Tengo una vida que construir, y aunque amo a mi familia, no puedo asumir las consecuencias de sus decisiones y de sus frustraciones.

¿El fin?

Es sorprendente lo que descubres al escribir, más allá de pensar si eres bueno en ello o no, me gusta pensar que tengo un estilo propio y listo para ser pulido, seguir

aprendiendo. Descubrí en mis palabras, una forma de reconciliación, un estímulo que me ayudó incluso a recordar capítulos de mi vida, me daba un poco de risa y enojo ir camino al trabajo y de pronto recordar algo que olvidé escribir ¡ah pero qué lío!

A pesar de tener múltiples ideas en la mente, algunos momentos fue difícil sentarme, dejar fluir todo, suelo sentirme cansada, voy de un lado a otro, me ocurre con frecuencia tener una tormenta en la cabeza, olvido tanto como recuerdo, desde que el mundo se atoró en una pandemia, perdí la noción del tiempo, el transcurrir de los días se volvió indiferente. Al igual que todos, viví la desconexión con muchas personas ¿y qué ocurrió? Ha sido de lo mejor que pude experimentar, la ausencia de amigos, familiares y compañeros del trabajo, me acerco a mi de una forma muy significativa, comprendí tantas cosas que ignoré debido a un pasar tan rutinario del día a día, sacó lo mejor de muchos y lo peor de otros, estábamos tan absortos en un estilo de vida ridículo, consumir, consumir, consumir, apenas hubo una ligera señal de reactivación de la vida *normal*, que las personas no dudaron en volver a las viejas costumbres, y yo, simplemente me negaba a desconectarme de lo que pude vivir al estar aislada. Perdí amistades, en uno de mis ejercicios hablé sobre Liliana, recuerdo muy bien ese momento en el que sentí remordimiento por la forma en la que suelo tratar a las personas, siempre me dicen que a veces no tengo tacto, que soy agresiva, puede ser, creo que en mi defensa puedo decir que soy puntual y contundente con las personas que quiero. Estábamos en un mercado en Coyoacán, fuimos a comer y mientras me platicaba el problema de siempre: alguna pareja; la escuché con atención y en respuesta externé mi punto de vista, como ya es costumbre, simple, al grano y sin rodeos, no me gusta disfrazar las cosas para endulzarlas. Me dijo algo que hasta el día de hoy ronda mi cabeza y hace ruido como un martillo: *Te cuento las cosas para que me escuches, no para que te comportes como mi mamá, para eso eres mi amiga*. Quizá ella en su estado depresivo y triste no se dio cuenta que esas palabras dolieron, sentí culpa, misma que me duró solo unos días, lo platiqué en terapia y entendí que cuando las personas no te piden ayuda, no hay mucho que

hacer al respecto, respeta esa parte del contrato en las relaciones; aún asumiendo la responsabilidad de esa reflexión, hay algo cierto y no está a discusión: los verdaderos amigos no susurran palabras dulces en tu oído solo para tu comodidad, los verdaderos amigos te hacen ver algo que no logras por cuenta propia, buscan tu bienestar, con frecuencia se revuelcan en el lodo contigo, toman tu mano y te sacan a rastras, si decides volver, habrá sido decisión propia. No estuve dispuesta a lidiar con sus problemas de drogas, de alcoholismo, otro imbécil violento a su lado disfrazado de interesante intelectual, tuve que soltar, viví tras un rencuentro de amigas, escenas incómodas debido a sus excesos. Estos meses, prácticamente el último año, me propuse alejarme del alcohol, limpiar mi mente y mi cuerpo, no es algo fácil de lograr en compañía de las personas equivocadas, aunque duela, esa historia llegó a su fin, o será que solo decidí cerrarlo por mi bien, de cualquier forma, no es mi fuerte tener muchas amistades, soy más solitaria, mi ansiedad social me hace sentir insegura estando rodeada de personas, resulta que puedo tener una plática interesante con un grupo grande y hasta resultarles muy simpática, pero por dentro, solo quiero salir corriendo de ahí, esto, la mayoría de veces, he encontrado pocas formas de estar cómoda y claro que bailo, me divierto, la vida está llena de placeres.

Al salir del trabajo, me gusta comprarme una rebanada de pastel napolitano o un rico helado de chocolate amargo, me siento en una de las banquitas a lado del camellón, una avenida concurrida y mucho tránsito, aún con ese panorama de ciudad, adoro sentarme ahí a pensar antes de meterme al metro, muchos de los párrafos que escribí surgieron en ese lugar, pude conectar tres placeres ahora presentes en mi vida, los postres, momentos de soledad reflexiva y escribir, a pesar de una jornada laboral llena de idiotas, ese momento era mi catarsis, solo mío, llegaba a casa contenta lista para cenar y pasar el rato con mi hermana, mi sanguijuela, esa pequeña más alta que yo a la cual adoro y amo con todo mi ser. Muchas ocasiones se burlaba de que tenía que hacer tarea, resulta que le recomendé comenzar a escribir, ella prefiere dibujar. ¿Es normal sentir paz con una misma en medio de una pandemia? Lo digo a nivel general, como una

fortaleza que me ha ayudado a sobrellevar el dolor de ver el mundo arder, veo como las personas se dañan unas a otras, me duele tanto pensar que muchas mujeres no volverán a casa, me pregunto constantemente qué sienten muchas respecto a vivir una violación, que me gustaría abrazarlas y decirles que es una experiencia que no van a olvidar jamás, pero no debe limitar su vida, que aún con ese dolor, se puede levantar el autoestima por los cielos, amarte, plantarte y luchar, yo pude, no olvido, no es algo que cuentas como si se tratara de un día común en la vida.

Plasmar lo que me ocurrió, me liberó de una parte de la carga, el restante es aprender a amarte, ir a terapia, y algo muy importante, abrazar a mis hermanas a diario, mi relación con mujeres fue un tropiezo constante, quite las piedras en el camino, creo que no lo mencioné, pero trabajo en una tienda departamental, debo mantenerme al tanto de tendencias en moda, saber asesorar y vender. En ese día a día, salen a la luz los complejos femeninos, he presenciado escenas nefastas de hombres juzgando el cuerpo *gordo* de las mujeres a las que dicen amar, ellas se asumen como algo feo y poco digno de un vestido hecho para el estereotipo de mujer de revista; mi trabajo además de vender es hacerlas sentir bellas, esa última parte no venía en el contrato y nadie la menciona en los cursos, yo solo veo diversidad, curvas que no necesitan ser escondidas para comodidad de una sociedad machista y prejuiciosa.

Una parte de mi tratamiento además de la medicación, es tener una agenda, olvido mucho, a veces fragmentos largos de mi vida cotidiana, esa agenda está llena de lágrimas, cargo siempre una pluma o lápiz para escribir cada que tenga que hacerlo, de vez en cuando vuelvo a leer lo que escribí, a veces lloro, pero en otras ocasiones, respiro profundamente con una sonrisa en el rostro, sintiendo paz de haber liberado lo que en ese momento sentía, repaso y reflexiono los cambios que hubo de ese momento a hoy, ninguno ha sido negativo, cada letra, cada palabra, son mi huella, mi historia y faltan tantas cosas que contar, la Mariana autocrítica siente que debe mejorar, Lovecraft y yo nos parecemos en algo, el

soñaba como loco, al igual que yo, mi cerebro trabaja sin parar mientras duermo, paisajes apocalípticos, criaturas increíbles, mundos lejanos, mis sueños para nada me dan miedo, me causan fascinación y no sé cómo transcribir sin dejar pasar los detalles importantes. Olvido capítulos de mi vida, pero mis sueños están presentes, cada mañana si hay alguien cerca, le cuento lo que soñé, tengo algunas hojas regadas con sueños de hace tiempo.

Escribir es muchas cosas, es recordar, crear, sentir felicidad, tristeza, éxtasis; leer lo que escribes es reflexionar, reír, llorar, sentir la necesidad de corregir, y puedo agregarle muchas cosas a la lista, menos una: no es ninguna pérdida de tiempo. Escribir de uno mismo es de lo más enriquecedor que se puede hacer, no pretendo cerrar ese puente que he construido con mi ser. He perdido personas, cosas, como la vez que perdí los tenis nuevos de mi mamá en el Metrobús, si, en verdad olvido cosas de formas ridículas. Habrá entonces un espacio en mi agenda o cualquier papel para contar algo, de mí, de mis sueños, del mundo.